

No tengo un peso y me llamo Silva, de Fernando Ayala Poveda



Fernando Ayala Poveda, nacido en Tunja (Colombia) en 1951, recibió el premio nacional de novela Ciudad de Pereira, con su obra *No tengo un peso y me llamo Silva*, adornada por una portada ilustrada por el pintor tolimense Ancízar Guzmán.

Estuve al lado del autor tardes enteras tomando café en el Juan Valdés —él saborea un café Cumbre— de nuestra vecindad. Lo oí con entusiasmo construir esta fascinante historia de amor y ambiciones humanas de la mano de los herederos del Canal de Panamá. En ella no sólo hurga el alma de sus personajes sino entrega al lector un contexto socio-cultural donde, de manera sutil, pero fluido y sin retóricas, el mundo de los Silva desde el conocimiento de quienes soñaron, lucharon y fracasaron y

Jorge Eliécer Pardo*

que el novelista retoma para elaborar su mundo de ficción. Es una historia de decepciones y espejismos, pero, con ilusiones muy colombianas y latinoamericanas.

Cada tarde Ayala llegaba con un nuevo Silva en su abrigo, lo ponía sobre la mesa y discurría por sus aventuras y desventuras. Traía también un desconocido episodio de amor de esas mujeres que armaban la telaraña del futuro desde la infancia. Un lapicero y en unos papeles desordenados dibujaba la estructura y algunas reflexiones de cada uno. Los amigos permanecían en silencio mientras desenrollaba las anécdotas y, algunas veces, las conectaba con sucesos de su vida particular.

Además de mi hermano Carlos Orlando, no he conocido un autor que relate con tanta vehemencia los libros que escribe y, cómo los moldea con el ritmo de su corazón de las mañanas donde se dedica con disciplina de anacoreta a su trabajo. Cuando escribe no admite nada más, se va a fondo día y noche, no pueden hablarle ni tocarlo y lo envuelve un hábito al que él llama de santidad o catalepsia.

No tengo un peso y me llamo Silva son dieciséis capítulos subtítulos, a la manera de Kundera o Pamuk, con pequeños textos alusivos a lo que en cada uno cuenta la historia de los Silva; nos hacen recordar apartes de *El Quijote* u ocurrencias de *El Buscón* de Quevedo. Hablamos sobre textos citados dentro de la novela y de las licencias o soluciones que el escritor da a su texto. El lector

* Novelista colombiano, periodista, Premio Nacional de Cuento. Autor de *El jardín de las Weismann*, *Irene*, (Novelas), *Transeúntes del siglo XX*, ensayo.

podrá encontrar las citas de sucesos y autores que acompañan a los personajes de su novela.

Está inquieto con la producción artística de Rodrigo Silva y me pide que lo contacte con él en Ibagué. Rodrigo, con su alma de cantor y poeta le cuenta su versión sobre la fortuna que les tocó soñar, a él y sus hermanas. De ahí, los capítulos que tienen que ver con esas llamadas, conversaciones y la partitura que figura en la novela al igual que el epitafio: “El hombre empieza a morir el día en que nace y a valer el día que muere. Aquí yacen los huesos de un hombre y los restos de una historia”.

Basta decir ahora que este libro reivindica no sólo a una generación de escritores sino que augura la presencia definitiva de Ayala en la novelística nacional. Quizá no importa tanto que sus libros no llenen las vidrieras de las librerías o las páginas de los periódicos o revistas fletadas por las editoriales.

En algún momento, le había dicho que nosotros éramos una generación invisible pero él me

corrigió con vehemencia. ¡No! Somos la generación más visible y leída que todas las que nos sucedieron. Reflexioné y era verdad, si los libros no tenían la gran publicidad, nuestro trabajo jamás traicionó las permanentes visiones de mundo y literatura, sin esperar nada más que el respeto, el gusto y, a veces, la agonía de escribir. El mundo femenino y sus imponderables, la amistad y la intolerancia entrelazan la dicotomía entre el desamor, el abandono y el sentimiento puro desde la poética.

Encontré un lector avasallado por la novela, cuestionado no sólo por la anécdota sino por la escritura. Hernando Galeano, intelectual avezado, y gustador de la buena literatura me citó, de memoria, frases y pasajes que hicieron detener su lectura para confrontar la reflexión.

No tengo un peso y me llamo Silva ponderado por el jurado del concurso como el viaje por el país real e intelectual que deja la impresión de encontrarnos frente a un libro vigoroso, de lectura vertiginosa, con un ritmo narrativo desbordante. ■

Metáforas de los árboles, de José Atuesta Mindiola

José Luis Garcés González*

A partir del árbol el poemario se extiende hacia otros lares. Tierra, agua, sol y vegetales diversos, arena sin sosiego, piedra vigilante, mar sin límites. Todo, para reivindicar la vida, en todas sus gracias y lamentos. Es una voz con fe, la de este poeta. Merodeando o entrando a lo barroco, estos poemas tienen la fuerza legítima de la pasión creativa.



Atuesta se compromete con las expresiones esenciales del paisaje. Sabe que la tierra que pisa es su universo y cantarla es su tarea estética. Y

* Montería, 1950. Escritor y ensayista. Miembro fundador del grupo literario El Túnel. Dirige la revista y el periódico del mismo nombre. Su obra literaria ha sido reconocida tanto en Colombia como en el exterior. Ha publicado 18 libros entre poesía (*Corazón plural*, *Cuerpos otra vez*), cuento (*Oscuras cronologías*, *Aguacero contra los Árboles* –premio nacional libro de cuento UIS, 2007) y novela (*Entre la soledad y los cuchillos* –Segundo premio Plaza y Janés, 1985; *Carmen ya iniciada* –Primer premio de Novela Ciudad de Pereira, 1984). *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* es uno de sus libros de investigación.